

DATOS HISTÓRICOS CURIOSOS

UN NAVÍO, QUE SALVA EL HONOR DE UNA ESCUADRA, EN LA RADA DE GUETARIA

L OGRADA la unidad nacional bajo el cetro conjunto de Fernando e Isabel, consolidado el reino hispánico con Carlos I y Felipe II, en el aspecto internacional, en Europa la cuestión que más gravemente se desarrolló, nacida en los albores del siglo XV, fué la rivalidad, entre Francia y España, primero por la posesión del itálico mar, después por la corona teutona, luego por personales rivalidades, por intereses allende el Atlántico, y por otra porción de sucesivas históricas causas, en cuyo detalle no hemos de entrar concretado nuestro objeto a un punto: en la guerra que en 1635 declaraba el cardenal de Richelieu al Gobierno de Felipe IV, a la derrota, que el 22 de Agosto de 1638, sufría en la rada de Guetaria la escuadra española, mandada como almirante por Lope de Hoces y Córdoba.

El mes de Julio de 1638 fué sitiada la plaza de Fuenterrabía por el ejército francés, acaudillado por el príncipe de Condé y el 2 de Agosto se presentó en sus aguas la escuadra francesa, fuerte de sesenta y seis barcos, de los que cuarenta y cuatro eran de alto bordo, mandada por Henry d'Escoubleau de Sourdis, arzobispo de Burdeos; dispuesto el auxilio de los sitiados, el almirante Hoces que se hallaba en la Coruña recibió orden expresa de Madrid de dirigirse a la rada de Guetaria, en la que surgió con sus *docenavíos* el 18 de Agosto, ¡al siguiente día la francesa, cruzaba al largo frente a Guetaria!

No es ocasión de narrar la campaña de Lope de Hoces, que, en su

expedición, recalada en Santoña, consejo de capitanes, recalada en Guetaria, combate y destrucción de su armada, trae a la memoria hechos análogos bien recientes y gloriosamente tristes, bastante más gloriosos que la derrota de Guetaria. Lope de Hoces fué juzgado en consejo de guerra y absuelto, mas puede afirmarse que en la Historia no cabe ratificar ese fallo: se trataba de un marino valiente y entendido, cuya carrera hubo de terminar en muerte gloriosa, que más acertada hubiera andado en hacer presa en él el día de Guetaria; pero no se trataba de un jefe y puesto en aquel trance y lugar dió origen a la pérdida de la escuadra, pese a la defensa que él intentó hacer de sus actos con más habilidad que acierto.

El hecho en concreto se reduce a que el 22 de Agosto, la armada francesa en línea desfiló sobre la española descargando la banda, viró de bordo y descargó la otra al tiempo que enviaba brulotes incendiarios: en tal estado, Hoces mandó quemar las naves y desembarcó en Guetaria; repetimos carecer de tiempo y de lugar inclusive para narrar detalladamente lo ocurrido y menos para comentarlo.

La fortificación de Guetaria constaba en aquel entonces de dos pedreros grandes y tres falconetes de bronce únicamente, pues si bien en 1637 estuvo en Guetaria el ingeniero Gandolfo y trazó un plan de defensa cuyas obras comenzaron el 10 de Agosto, no faltó documento oficial que dijera que «Guetaria por la parte de mar estaba casi en defensa»; cinco días después, Jerónimo de Soto, que acompañó a Gandolfo en su anterior visita, repasaba las obras y escribía «hoy está la dicha puesta sin ninguna defensa, asimismo dispondrá con toda brevedad la forma en que cuanto antes se pueda colocar la artillería (1) por ser el puesto que más importa para la defensa de la concha y de su boca», y el mismo D. Antonio Gandolfo, en 22 de Febrero y 29 de Junio de 1639, escribía «despachamos días atrás a Madrid un correo dando parte a S. M. de la artillería que necesita la villa», resultando de todo ello que la villa carecía de verdadera fortificación, no obstante lo cual impidió el desembarco intentado por el enemigo, recibida la orden de quemar las naves el capitán D. Francisco de Spínola que arbolaba insignia en el Santiago, cuyo comandante era D. Pedro Montano, exigió la orden por escrito y recibida o no, se negó a cumplirla, y alen-

(1) Se habían pedido seis piezas más y guarnición : ni enviaron las primeras ni la segunda, reducida a 42 hombres del tercio de la villa.

tado por la defensa que hacía la plaza, a la que habían acudido los tercios de Aya, Zarauz y Cestona, se acoderó contra la muralla cuanto permitía el calado de su nave, cuya quilla repetidas veces tocó en la arena y allí gallardamente se sostuvo siete días, sin acatar la orden de quemar el barco que reiteraba Hoces, y sin dar oídos a las de rendición que el francés intimaba, defendido y protegido por las piezas de Guetaria y socorrido por las lanchas del puerto, socorros todos que aportaron y dirigieron el alcalde de la villa a la sazón Francisco de Arámburu y el capitán hijo de la villa Nicolás de Arnalte, que se hallaba en ella para el asunto de las fortificaciones y que por sus servicios en aquellos trances fué ascendido a maestre de campo; ambos hubieron de luchar no sólo contra el enemigo sino contra indicaciones y tal vez algo más que indicaciones del derrotado almirante, que fuere por lo que fuere y no es cosa de ensañarse en su triste memoria, no parecía alentado de otro deseo que el de hundir aquel único resto de su escuadra, que maltrecho flotaba y se defendía y al cabo de siete días, acribilladas sus velas y bordas a balazos, lograba entrar costeando en el puerto de Pasajes, hazaña enorme, gloriosísima, que quedó obscurecida y no realizada como debiera y menos premiada para no hacer más grande el contraste con el jefe de la desventurada armada.

En ella tuvo parte no pequeña la villa, porque al impedir que el enemigo desembarcara en la costa lograba que a ésta pudiera ceñirse el Santiago, que en esa forma sólo una banda presentaba a los franceses, que no podían así rodearlo: además, ayudóle eficazmente a aprovisionarlo y evacuar sus heridos proporcionándole elementos para en lo factible reparar sus averías, y sobre todo prestó el inmenso servicio de lograr no tuviera efecto la iniciativa del derrotado almirante de hacer hundir aquel navío en una forma u otra.

Este hecho heroico del navío Santiago intentó desfigurarse incluso en los tiempos mismos en que ocurrió, no faltando una narración de la época en que descompone la pérdida de los buques en esta forma: *siete quemados* por el enemigo, dos por sus jefes, dos arrumbados a tierra por sus comandantes y *uno escapado*: basta conocer la fuerza de la escuadra vencedora, la posición de la ensenada de Guetaria, la fecha del combate y el día en que el Santiago arribó a Pasajes para comprender que no pudo haber uno escapado, y basta leer también la relación a que nos referimos (es de autor anónimo y obra en una biblioteca pública) para comprender quién es su autor; que era realmen-

te al que interesaba escapar como escapó del trance en que más que su voluntad le metió el eterno prurito de querer manejar todo a distancia, lo que si aun en estos tiempos de telégrafos y vías férreas ha eausado más de un desastre, en aquellos en que las comunicaciones se eternizabanno es extraño los produjeran mayores; pero una vez en él metido pudo conducirse en otra forma y sobre todo no acudir a determinadas explicaciones intentando dárse las a lo que difícilmente pueden tenerla.

ANGEL DE GOROSTIDI GUELBENZU

Valencia—Marzo 1917.

